

Una noche en el paraíso

Clara Andrade Patarroyo

Escucho los pasos cada vez más cerca, aprieto fuertemente mi linterna de pescador y alumbro. No se ve nadie.

Mi ropa sigue ahí, justo donde la dejé al desempacar.

—¿Quién está ahí? —grito.

Nadie responde.

Sigue acercándose, ¿será medianoche? No sé.

Jeremías lo había dicho:

—Mire, profe, por acá hay un ladrón, es el ladrón del pueblo. Se llama Adán y se roba los cultivos, sobre todo los limones; aunque también le gusta la ropa. Los interiores los vende en la plaza y el resto se lo pone. Así uno sabe cuándo ha robado.

Escucho su respiración, imagino su sonrisa. Él sabe que estoy aquí: una mujer sola y sin mascotas. Una profesora que no debe llevar armas. Lo presiento a través de las paredes de angeo, con sus botas y quizás un machete.

Vuelvo a gritar, aunque sé que no tiene sentido:

—¿Quién es, hijueputa? ¡Lárguese, malparido!

Acaballada en mi hamaca, con las pantaneras puestas, la linterna en la mano y dispuesta a pelear hasta que algo suceda.

Recuerdo que en esta casa (si a esto puede llamársele casa) nunca hay dinero, ni siquiera otro fogón que no sea de leña. Recuerdo las historias de la selva: *la curupira, el mochacabezas*. Esto es peor: es la verdadera violencia que solo conoce alguien que ha vivido en una ciudad como Bogotá.

Pienso que debí tener un perro, tal vez un pastor alemán furioso y cuidador, pero se me ocurre que lo habría matado el veneno del piojo'e culebra, o quizás lo habría atacado el alacrán que espanté hace dos noches.

Con las botas puestas (porque hay que ser precavida), termino de levantarme de mi hamaca y doy una vuelta por toda la maloca, intento alumbrar con la linterna y maldigo mil veces por todo (maldita electrificadora de Leticia, tan corrupta e infame como toda la ciudad. Malditos ladrones de pueblo).

—¡Maldita sea!, ¿quién está ahí? —grito.

Fueron largas noches de espera, noches enteras sin dormir, acompañada por una linterna y muchos paquetes de cigarrillos. Por fin llegó la hora, finalmente Adán me descubrió y vino por mí.

Silencio.

Adentro de mi maloca solo puedo preguntarme qué sucede. Escucho el sonido de la noche: la selva entera me dice que este no es un lugar seguro, que cada paso me conduce a una serpiente. Percibo una respiración agitada, pero puede ser la mía. Los días calurosos se convierten en noches frías, aun así mi cuerpo está bañado en sudor helado y pegajoso; el temblor de mi mano derecha me impide alumbrar lo que quiero.

Dejo que la linterna alumbre desde la mesa, busco un encendedor en el bolsillo trasero del *jean* y saco un cigarrillo de las botas. Será otra noche larga.

Intento fumar pausadamente, pero de nuevo vienen los pasos. No se ha ido. Ahora da una vuelta alrededor de la



casa, busca la puerta de entrada (no ha de tener una navaja para romper fácilmente el anejo). Se detiene.

Debí tener a mano, al menos, un cuchillo de cocina, debí ser una mujer más ordenada (como, según dicen, deberían ser todas las mujeres). Tomo de nuevo mi linterna y camino hacia la puerta: si entra, tendrá que matarme primero.

Sin explicación posible, Adán se aleja, se pierden sus pasos en la selva.

—Debe ser que le dio miedo— me dicen los niños al día siguiente.

—Será que pensó que solamente una loca viviría sola en esa casa —respondo riendo— y él sabrá que las locas somos las más peligrosas.

Cinco noches después me mudé de El Edén y nunca más volví.